

# Poemas

## DOMINGO ALFONSO

El que quiso volar  
El que quiso volar  
y en patético aleteo  
cayó de bruces:  
Flor sin perfume  
colores desvaídos  
cuerpo que no provoca placer:  
Frustración hecha figura humana  
Humo diluyéndose  
Sombra apenas visible  
Vida sin ninguna huella.

El blasfemo miraba al hombre de la sombra roja  
Me paré frente al blasfemo.  
Era mi figura; pero él veía un bulto de color rojo,  
el tridente y una vara en mis manos:  
-objetos que no pueden mover el aire  
pues están solamente en los sentidos de este hombre-.  
En aquella tarde, donde la luz oblicua del sol  
apenas nos alumbraba  
los ojos del blasfemo, con creciente pánico  
observaban mi sombra despidiendo luces.  
No era mi imagen habitual:  
El blasfemo temblaba  
se creía en presencia de un personaje desconocido.

Una ciudadela donde muchas de  
las personas parecían actores

Has sobrevivido.

Cruzabas las calles con tu camisa del miedo  
oculta hacia dentro de ti, pisando sobre el filo de  
aquellas espadas y cuando miraste hacia los balcones  
de la calle muy por encima de los aleros, junto a las  
copas de los árboles viste a aquel aprendiz de mago  
con traje de lentejuelas; la corbata casi negra, poniendo  
los dedos sobre sus labios pues te decía seguramente:  
“ya todo será inútil, nada podrás hacer, nada podrás  
hacer, nada podrás hacer”.



Entonces un grupo de mujeres, desde el centro de la multitud con unos dedos sin sortijas te arrastraron a una plaza tan estrecha en la que algunas estatuas verde claras, casi transparentes, se movían despacio delante del mayor edificio, con zócalo de ladrillos rojos y esa sola ventana en cuyo lado izquierdo un hombre conversaba sin parar.

Tú te sentaste en el borde de la acera, y en ese momento el alma de la señora Fernández escapando de su cuerpo como una mariposa con los colores pardos pasó volando sobre tus hombros diluyéndose en el viento de la tarde testigo de esos pasos, monótonos, cruzando las calles de la ciudadela donde como en una feria te tropezabas a cada momento con muchas personas que parecían actores, o acaso marionetas: Pasaban a tu lado alisando sus vestido y murmurando frases, las mismas, a todas horas.

La visitante  
"El visitante"  
(Vicente Aleixandre)

Ha visitado mi casa.  
En el pasado  
yo amé en silencio a esta mujer.  
Sus manos gruesas terminadas en laca roja  
con dedos que ahora se cierran  
sobre el falo de su esposo.

Sus pechos que palpitan:  
Sus nalgas, colinas perfectas  
y sus pies, empapados de sexo:  
Dos lirios  
abiertos en la tarde

Ante la imagen de la perfección  
-para Andrea Palladio, arquitecto de lo magistral-

Así, pequeño hombre:  
¿Tu representación de lo perfecto  
es la Villa Valmarana de Andrea Palladio  
bajo los cielos de la Venecia de mil quinientos?  
¿Y tu corta estatura  
imagen de lo no logrado?  
¿Y tantas cosas que ocupan un espacio  
haciendo al mundo más variado y completo?  
La nariz de Cyrano,  
el rostro de Ernest Borgnine,  
la espina de la rosa  
y el vientre de Lezama Lima?

¿Qué me dirás, ahora con dudas  
mientras observas  
la agonía de una cucaracha  
de espaldas sobre el piso de tu alcoba?

Cuba, agosto 27 del 2001

